

VIAJE AL LEPROSARIO DEL CHE

En el mes de junio de 1952, Ernesto Guevara de la Serna y su amigo Alberto Granado estuvieron trabajando como médicos residentes en un leprosalario, ubicado en el corazón del Perú amazónico. Ariana Santa reconstruye esos días que cambiaron para siempre la vida del revolucionario argentino.

*¡Mal de Hansen!,
le gritó un niño a otro
en esa tarde pegajosa de San Pablo.*

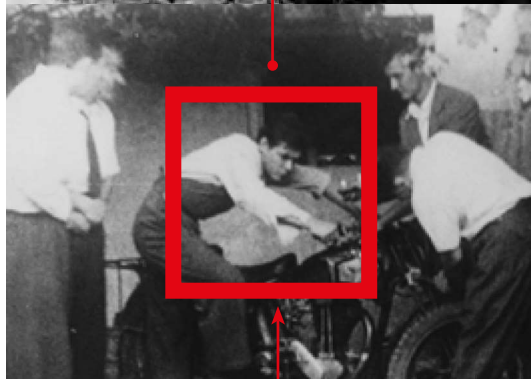
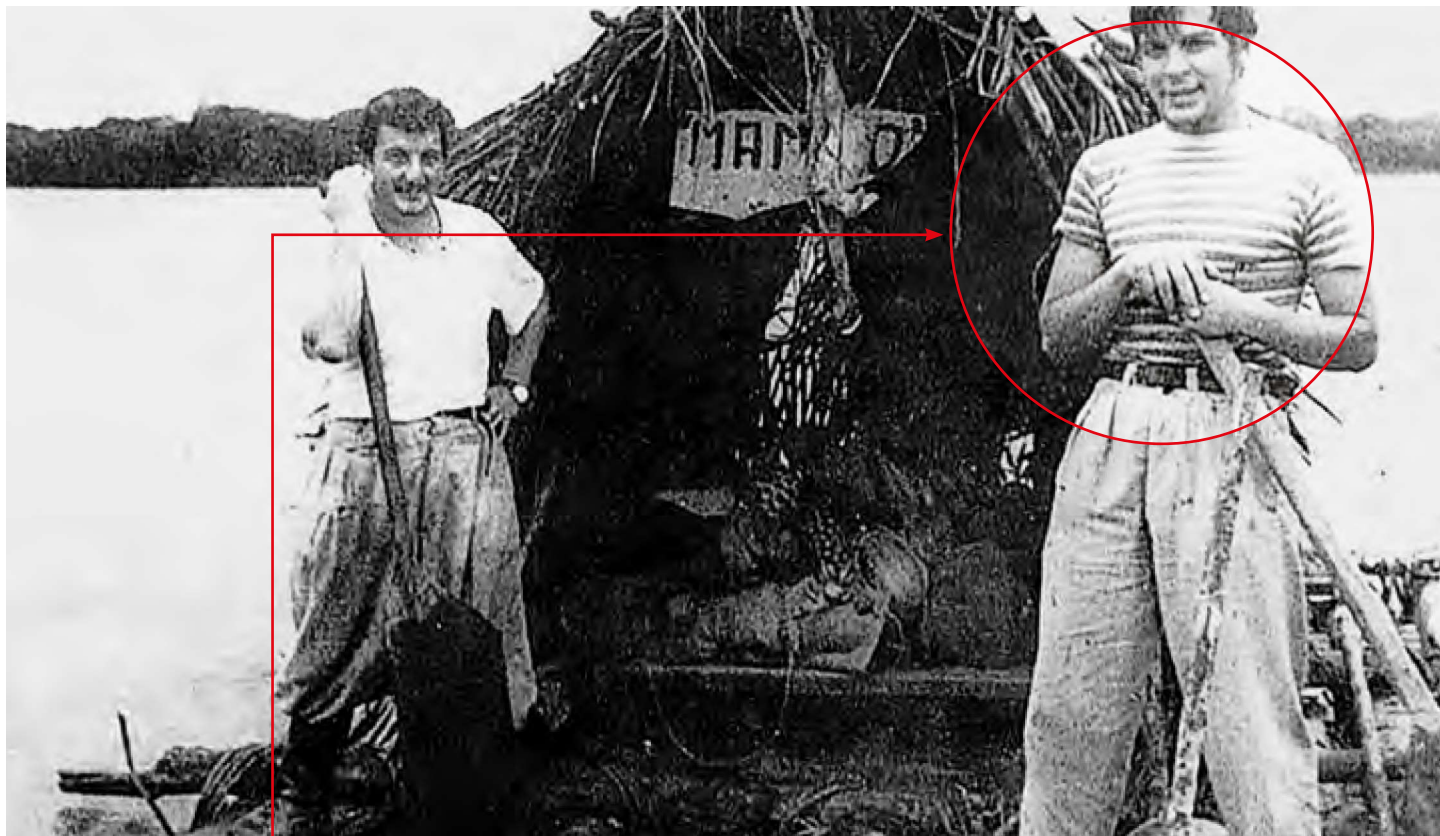
Ariana Santa

Nació en Buenos Aires en 1981. Es profesora de Letras y una apasionada viajera. Trabaja desde 2010 como tallerista de Literatura en Educación Permanente para Adultos (EPA) en UNLA y desde 2013 en la Dirección de Cultura de la Biblioteca del Congreso de la Nación.

Basándome en mi necesidad física de poner pie en los lugares, decidí que mi próximo destino sería el Leprosario de San Pablo de Loreto, a unos 560 kilómetros de la Ciudad de Iquitos, en el Perú Amazónico. No conocía la extensión del poblado, no sabía si había lugar dónde dormir e incluso cuánto quedaría de aquel lugar. No sabía que todavía quedaban enfermos viviendo allí, cuidados por monjas que llegaban de cualquier parte del mundo y que el lugar contenía tantas reminiscencias del año 1952.

El mismo año en el que Evita se moría de cáncer en Buenos Aires, Ernesto Guevara de la Serna y su amigo Alberto Granado trabajarían durante todo el mes de junio como médicos residentes en este remoto resquicio de selva peruana. Ambos recordarán luego esta experiencia como “iniciática”, ya que les permitió involucrarse con la realidad humana y social de *Nuestra América*.

El lugar estaba a más de 1 km. del puerto, escondido entre palmeras, cedros y caobas. Lo primero que vi: una pared rosada, descolorida pero no ruinosas con algunos dibujos que –contaba el guía local Jesús Heredia– eran originales. La llamada “Hacienda” había ocupado el pueblo antes de que se estableciera el Asilo para Leprosos, en 1926. El Asilo también llegó a ocupar todo el pueblo, como la Hacienda. Mediante un alambrado de púas que llegaba hasta el río, se mantenía separados a los enfermos de los sanos (la administración, los enfermeros y los obreros).



Me adelanté, saqué fotos, me sacaron fotos. Recuerdo que me preguntaba cómo sería posible acercarme *sensiblemente* al lugar, cómo podría meterlo en mí para siempre.

Unos veinte metros más hacia delante, se erige la entrada actual al Leprosario que todavía está en funcionamiento; actualmente lo ocupan unos 12 enfermos (en los años cuarenta llegó a tener 2 mil, aproximadamente).

La bacteria de la lepra fue descubierta en 1874 por el médico noruego Hansen, por lo que se la denomina Bacilo de Hansen. Provoca una infección crónica, aparecen heridas y malformaciones en la piel y en el sistema nervioso periférico.

El mismo año en el que Evita se moría de cáncer en Buenos Aires, Ernesto Guevara de la Serna y su amigo Alberto Granado trabajarían durante todo el mes de junio como médicos residentes en este remoto resquicio de selva peruana.

Durante años, en todo el mundo se marginó a los leproso y se consideraba a esta infección la “enfermedad del Diablo” (nombrada muchas veces en la Biblia). Fue tan fuerte la marginación al leproso que hoy en día una de las acepciones de la palabra “lepra” la describe como “mal moral que se extiende con rapidez y es difícil de controlar y erradicar”.

La eliminación mundial de la lepra como problema de salud pública se alcanzó en el 2000. El diagnóstico y tratamiento de la enfermedad se vieron facilitados por la integración del tratamiento con los servicios sanitarios básicos de sitios esencialmente pobres.

Hoy en día existen antibióticos que combaten la bacteria casi inmediatamente. Se realiza con los enfermos un tratamiento multimedicamentoso que, si se trata al comienzo de la enfermedad, no trae demasiados problemas. En San Pablo quedaron enfermos que la padecieron desde el nacimiento y que, si bien hoy están bajo medicación, todavía tienen partes del cuerpo comprometidas (generalmente las extremidades y algún daño cerebral). Son los que nunca salieron de aquí, los que no formaron

familias propias y se consideran familia entre ellos y a aquellos que los cuidan.

En la entrada un cartel fileteado con una paloma da la bienvenida:

“Cuando vengas a San Pablo hazlo sin ningún temor, no me mires con los ojos, hazlo con el corazón. Con mis manos mutiladas, pero entero el corazón, puedo darte así una rosa, una dalia o un clavel. ¡Porque en San Pablo se vive el amor!”

Y unos metros más adelante, hay otro cartel sin fileteado que dice:

“La lepra se contagia de persona a persona”.

La primera vez lo leí mal:

“La letra se contagia de persona a persona”.

Más allá del hall de entrada con piso gris símil mármol, donde estaban los carteles y fotografías de monjas y sacerdotes importantes que allí habían dignificado su labor, estaba el patio central, desierto. Lo rodeaban los dormitorios de los cuales casi tomo una foto, pero respeté su silencio, entrecortado por las vueltas de un ventilador y por el ronquido de un hombre honrando la media tarde.

Para que se produzca el contagio de la lepra se tienen que dar tres situaciones excluyentes: un enfermo con posibilidad de transmitir la enfermedad (porque no todos los que padecen lepra eliminan bacilos fuera de su organismo y mismo esta posibilidad se elimina al administrar la medicación), una persona sana susceptible al contagio (debido a una predisposición genética, porque la mayoría de las personas posee resistencia natural a la bacteria de la lepra) y un período de varios años de roce entre ambos.

Me quedaba la bronca del cartel acompañando el paseo, los pisos partidos, las camas viejas, los pies descalzos y el agua estancada alrededor.

¿Cómo fue cuándo llegaste, Che? ¿Qué fue lo que no contaste en tu diario, cómo te sentías, qué olías, de qué se reían con Alberto? ¿Qué amargura de lepra se les quedó en la boca que, masticada como coca, se les pegó en el alma?

Nos cruzamos con Antonio, enfermo desde los cinco. Haciendo las cuentas, había conocido al médico argentino a los nueve. Mucho no se acordaba, pero sí que *tenía un guardapolvo largo, blanco*, como la madera con la que hoy Antonio talla armadillos, santitos o *lo que se le ocurre*. Antonio, el de dulce mirada, sé que te prometí que te compraría uno, pero luego no pude a causa de los soles peruanos perdidos en un enigma inútil, el del cruce del río.

Luego conocimos a Hildebrando, de 92 años, ciego hace cincuenta. Como habitante más viejo de San Pablo, escribió las memorias del pueblo y habla del argentino con conocimiento, aunque por la lepra que padeció, con alguna dificultad en la pronunciación. Está enfermo desde pequeño y cuenta que fue *operado por Che*.



Así se presenta: *Me operó Che. Me operó así por el brazo desde la muñeca bien hacia arriba. Y él no usaba guantes, se le veían los dedos, sólo se ponía guantes a veces. Venía caminando sonriendo, con el amigo, ¿cómo se llamaba el amigo? Granado. Granado, sí, Granado.*

En San Pablo quedaron enfermos que la padecieron desde el nacimiento y que, si bien hoy están bajo medicación, todavía tienen partes del cuerpo comprometidas.

¿Fue en este “mar” de abrazos marginados, entre los deformes, donde empezó todo? ¿Tus solturas, tus certezas, tu tenacidad? ¿Fue en San Pablo donde sentiste por primera vez el concepto luego tan familiar para vos, el de *Patria es Humanidad*?

Ya habíamos salido del Leprosario y hasta llegar a la casa de Hildebrando habíamos hecho dos kilómetros más,

sudando, bajo un sol extremo de la media tarde en la selva; a través de vegetación exuberante al lado del camino, alguna que otra casa sobre palafitos y con mi memoria haciendo una fuerza extrema por recordar todo lo que pudiese de las anotaciones que había leído en los Diarios del Che o en alguna biografía.

Alberto Granado había contado en alguna entrevista que el Che había cruzado a nado los márgenes del Amazonas. Nos faltaba la experiencia de ver cómo era ese cruce y qué había al otro lado del río. Misterio resuelto en la orilla: una playa con arena blanca, monos, exuberante vegetación. ¿Del cruce a nado? Nadie sabe. Festejó en San Pablo sus aventureros 24 años. ¡Pero es extensísima la anchura amazónica (junos 5 km de orilla a orilla del río!).

Antes de despedirnos, Hildebrando Gómez Hidalgo nos ofreció su *Historia del Leprosario* por otros pocos soles peruanos, el único material bibliográfico con el que cuenta la zona. Él se entretuvo hablando con el guía Jesús. Hay un proyecto de recuperación de este sector del pueblo a través del armado de un “Circuito Museístico sobre el Leprosario y sobre el Che”.

Cuando pasaron los días y tomé distancia de San Pablo de Loreto y de la fluorescencia verde entre la lepra, yo le creí a Alberto y te vi cruzando a nado, Che, entre las piernas de la *matria* amazónica, haciéndole muchos hijos y para siempre.

Le dijo Mal de Hansen. Y el otro chico se rió. ■